LA CALLE
donde tú vives

Héctor Gaitán

3er. tomo

2da. edición

Héctor Gaitán A.

3er. tomo

LA CALLE DONDE TU VIVES

2da. edición

Guatemala de la Asunción

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

© Derechos Reservados por Librerías ARTEMIS & EDINTER
© Autor: Héctor Gaitán A.

Diseño de Portada: Pablo Tobar Henry

Diagramación: Romeo Hernández T.

Montaje: Carlos Arriaza y
José Pineda

ISBN 84-89452-08-03

2da. Edición Corregida y Aumentada

Editorial ARTEMIS & EDINTER
12 calle 10-55, Zona 1 Teléfono: 518876 Fax: 516225

Copyrighted material

PRESENTACION

Héctor Gaitán ha estado recogiendo fotografías y leyendas guatemaltecas desde que tenía quince años. Esas imágenes color sepia, esos relatos cargados de nostalgia, siguen ejerciendo todavía la misma fascinación sobre el autor de este libro. Y no únicamente sobre él, a juzgar por la forma en que el público guatemalteco ha agotado las ediciones de los volúmenes anteriores de **La calle donde tú vives**. Hoy, la nostalgia es un sentimiento ampliamente compartido. Todos deseamos retener de alguna forma un mundo que se nos va con demasiada prisa. Hoy el tiempo se mide por décadas y no por siglos, la vida se transforma radicalmente, varias veces en el lapso de la vida de un ser humano. Cinco o diez generaciones nacieron y crecieron bajo un mismo techo en el pasado, pero en este siglo todo cambia en pocos años. La calle donde vivimos tiene una historia que no conocemos, porque acabamos de llegar a esa calle. Quienes vivieron aquí hace veinte o treinta años, se han ido a otro lado, cuya historia tampoco conocen. Por eso es necesario recoger el pasado para hacerlo presente. Hace un siglo un libro como éste hubiera carecido completamente de sentido, no hubiera tenido lectores, porque la historia cotidiana era también parte del presente cotidiano. Los pequeños acontecimientos se transmitían de una generación a la siguiente. Los lugares eran siempre los mismos, el pasado formaba parte del presente en la memoria común. Hoy, por el contrario, el registro de lo sucedido es una especialidad, una ocupación aparte, incluso una ciencia. La comunidad se ha vuelto desmemoriada, los hijos ya no aprenden de los padres. Los lugares que conocimos hace diez años ya no existen, el pueblo en que nacimos quedó atrás. La conciencia del pasado no forma parte de nuestro bagaje intelectual. ¿Cómo era ese mundo, no tan lejano, en el que no había electricidad, ni automóviles, ni radio, ni televisión? ¿Cómo eran nuestros abuelos o nuestros padres? ¿Qué pensaban, de qué hablaban...?

Este libro nos habla de ese pasado. Vemos a los guatemaltecos de hace cincuenta años en la fotografía de una manifestación y nos preguntamos qué hay de extraño en esa imagen. Tardamos un poco en darnos cuenta que lo que nos ha llamado la atención es que no hay nadie en mangas de camisa. Escribimos la frase anterior y nos damos cuenta de que la expresión "en mangas de camisa" ni siquiera tiene sentido en estos días. Esos cambios imperceptibles, que nunca consignan los libros de

Copyrighted material

texto en los que estudiamos la historia, son la materia y el tema de este libro. Todo ese mundo cotidiano irrecuperable de las modas, los hablados, las consejas y las preocupaciones es el que Héctor Gaitán está empeñado en rescatar. ¿Por qué? Es difícil decirlo. Probablemente obedece menos a un razonamiento que a una emoción, a una necesidad de cobrar conciencia de las raíces. Una emoción tan irracional como el sentimiento de pertenencia a un lugar y a un conglomerado. Irracional, pero igualmente real; real e inaprehensible como el carácter nacional de los guatemaltecos.

Las luchas sociales, los dictadores y los delincuentes, las actrices y los militares, las cárceles y los parques ya desaparecidos, todo esto que fue Guatemala, sigue siendo parte de lo que somos. De alguna manera estas imágenes nos dan la clave de lo que somos. Esto es lo que entendió Miguel Angel Asturias, cuando fundió en una genial amalgama estos materiales en **El Señor Presidente**. Esto es lo que intuye también Héctor Gaitán. Esa intuición de la relevancia de estos recuerdos lo impulsa a coleccionarlos y transmitirlos. Yo deseo que Héctor Gaitán viva muchos años y siga publicando libros como éste, que forman parte de la memoria colectiva de los guatemaltecos.

Mario Solórzano Foppa

Guatemala, octubre de 1974

Copyrighted material

TERCER ESCALON

Escribíamos hace ya casi veinte años, que llegábamos al tercer escalón en este caracol de gradas que forman los obstáculos para escribir en Guatemala. Afortunadamente ya no podemos decir lo mismo; la obra **La calle donde tú vives** se ha enriquecido con cinco tomos más, incluyendo el presente libro. Colección ampliamente reconocida a nivel nacional e internacional por la aceptación que ha tenido en el público lector. En una entrevista que nos hicieran recientemente, nos preguntaban algo en torno al anecdotario de los libros que hemos escrito; es decir, anécdotas al estarlos escribiendo, que siempre hay. Claro que este libro es el que más tiene y a nuestro entrevistador le comentamos una que aparece en esta obra y que forma parte de nuestra pequeña historia.

Aparte de las leyendas, que son la sangre vital de estas obras, las tradiciones y el costumbrismo de nuestro pueblo, creo que el enfoque en algunos temas es eminentemente periodístico, especialmente con las entrevistas que aquí se plasman y que de primera mano, en algunas ocasiones, las recogimos de personas generosas, en alguno de los casos que ya fallecieron y otras que aún viven para corroborar los hechos. Personas que dejaron aquellas experiencias vividas en un pasado ya histórico y lejano, dependiendo el papel que les tocó representar en la vida. Tradición oral irrecuperable, si no la tomamos a tiempo para plasmarla en este libro, hoy corregido y aumentado con otros elementos que en el transcurso de los años se han dado y que ustedes irán descubriendo en estas páginas.

Vale resaltar en esta ocasión todo el apoyo que en 1974, cuando apareció este tomo, recibimos y nos brindara el desaparecido y joven periodista Mario Solórzano Foppa, quien fue el autor del prólogo. Otra anécdota, diríamos, de todo este proceso literario en el cual todavía estamos inmersos. Hoy la Editorial Artemis-Edinter, junto a su gerente general, Jesús Chico García, retoman la tarea de elaborar la segunda edición de la obra con el profesionalismo que les caracteriza. Honestamente, esperamos que el esfuerzo realizado en esta obra sea aceptado por quienes generosamente nos leen, y así quede completa la colección de los primeros cinco tomos de **La calle donde tú vives**, como todos lo esperaban.

El Autor

Nueva Guatemala de la Asunción, 18 de julio de 1993

This One
GZ5R-5TC-11QD

Copyrighted material

DEDICATORIA POSTUMA

A Miguel Angel Asturias,
hasta su exilio inmortal.

Copyrighted material

EL CERRITO DEL CARMEN Y SUS LEYENDAS

El sol caía verticalmente sobre los árboles y cabezas de los visitantes. El anciano ya no pudo seguir caminando y tomó asiento en el torreón frontal del templo colonial, que alberga a la Virgen del Carmen. La niña siguió correteando por el contorno cuando ya se había soltado de la mano del abuelo, quien sonrió débilmente después de la proeza de haber subido la pendiente. Se quitó el sombrero y secó el sudor de la frente con su pañuelo blanco, para posteriormente aflojarse la corbata. A lo lejos el ruido característico de la gran ciudad, con su tráfico contaminante que cual hormigas invadía calles, callejones y avenidas. San Francisco continuaba señalando hacia la ciudad, como condenando la nube gris de *smog* que se formaba en la parte central de la metrópoli, como señalando el daño para sus hermanos árboles y hermanos pájaros. Dos gringos tomaban fotos al frontispicio del templo y sonreían coloradotes por el sol inclemente.

La calle Juan Chapín ya no era la silenciosa de antaño, ahora lucía asfaltada y con un cordón de autos esperando vía para desembocar por el antiguo "Callejón del Judío" y salir a la 12 avenida. El abuelo vio el contorno y recordó tiempos mejores, de lo que había acontecido hacía ya muchos almanaques. Recordó los carnavales de antaño y los atardeceres románticos que se disfrutaron en los tiempos anchos. sonrió picarescamente cuando memorizó el sitio donde se ubicó la legendaria "Cantina La Colocha", donde se expendía el blanco y las cuartitas del preparado de manzanilla y durazno. Allá en lontananza, los barrios de La Parroquia y la Candelaria, donde puyaban con caña si uno se descuidaba. El Guarda del Golfo y el Puente de Las Vacas. Bastaba girar sobre los talones para localizar viejos sitios de la ciudad: La Pedrera, el Hipódromo o la "Calle Nueva", hoy convertida en Calle Martí. El Potrero de Corona, que ya no existe, y el parquecito Isabel la Católica, con el vivero cercano de don Marianito Pacheco.

La niña regresó jadeante y sonriente y se inició el interrogatorio:

— ¿Quién hizo este templo, abuelito?

Copyrighted material

— Fue el ermitaño Juan de Corz, en el año de 1620 y allí colocó a la virgencita del Carmen, que la había traído de Europa. De eso hace ya tantos años que ni yo había nacido, fue mucho antes que se fundara la ciudad en este valle de la Ermita o de la Virgen. Primero se refugió a inmediaciones de donde hoy está el Puente de las Vacas, en un sitio conocido como "Cueva de la leonera", y posteriormente dispuso levantar el templo en este sitio que es tan bello.

— ¿Espantan aquí, abuelito?

El anciano sonrió nuevamente y en realidad no hallaba como salir del trance que le presentaba con su pregunta la niña. En el momento por su mente surgieron las leyendas que de niño había escuchado, los casos que él había conocido.

— Bueno, aquí hay mucha historia y leyenda. Se dice que en este lugar existió un enorme árbol donde ahorcaron a Pie de lana, el personaje de la obra de don José Milla que algún día leerás y comprenderás en mejor forma. Dicen que era un hombre que robaba a los ricos para darle a los pobres y fue su propio hijo el que lo capturó y el que dirigió su ejecución. Una historia triste pero que es parte de la leyenda y narrativa de Guatemala. No te muestro el árbol porque lamentablemente ya desapareció. Pero había algo muy especial en relación a los espantos que por aquí aparecían. Estos eran los famosos chompipes del Cerrito del Carmen, que asustaron a más de una persona. Mi abuelo contaba que como él era mero enamorado, una noche que venía del barrio de la Parroquia, para ahorrar camino, subió por aquí y fue víctima de los mentados chompipes, que se aparecían cuando uno menos lo pensaba, sin permitir el paso a las personas. La gente tenía que regresar porque salían uno, dos y hasta tres o cuatro animales que le tapaban el paso. Cuentan que allá por el año de 1898 ya nadie se atrevía a pasar por aquí en horas de la noche. Donde ahora aprecias el Barrio Moderno, allá abajo en la zona 2, desde las faldas del cerro hacia el norte se extendía el que fuera Potrero de Corona, era un sitio muy bonito, donde por las noches y a veces a plena luz del día salía la mula sin cabeza.

— ¿Y cómo era la mula sin cabeza?

El abuelo ubicó su vista en el Barrio Moderno, en el sector norte de la ciudad, y titubeó un poco antes de responder:

Copyrighted material

— Eso fue allá por el año de 1905 cuando se regó la bola de las apariciones de la mula sin cabeza. Fue el tiempo cuando las sangrientas guerras entre Guatemala y El Salvador. Proliferó la delincuencia ya que los efectivos de seguridad se encontraban precisamente a lo largo de la frontera guatemalteco-salvadoreña, defendiendo la soberanía nacional o, lo que era más seguro, como decían los exiliados chapines, defendiendo al régimen de don Manuel Estrada Cabrera, en ese tiempo presidente de Guatemala. Pero lo más curioso de todo era que la mentada mula sin cabeza tiraba un viejo carretón y se desaparecía por la calle Juan Chapín; unos le deban el calificativo de espanto y otros aseguraban que eran contrabandistas que de esa forma entraban su mercancía a la capital procedente del Golfo Dulce, lo que ahora es Puerto Barrios. Pero había algo más en torno a los cuentos de espantos y aparecidos del Cerrito del Carmen, estos eran los encantos del Potrero de Corona. Desde aquí donde estamos, algunos patojos de aquella época miraban cómo otros niños les llamaban desde abajo y les mostraban pelotas de bellos colores. Cuando esfos bajaban ya no había nadie y las abuelas indicaban que posiblemente era algún encanto y prohibieron a los patojos quedarse a jugar después de las seis de la tarde en este sitio.

El abuelo ya se había quitado el saco y lo llevaba en el brazo; el calor era más impactante a esa hora. El ruido monótono de la ciudad continuaba a los lejos, el anciano hubiera querido abarcar toda la narrativa relacionada con el Cerrito del Carmen, para relatarla a la niña. Al anciano se le agolpaban los recuerdos, las consejas y leyendas que de niño había escuchado de aquel sitio tres veces centenario, de las cofradías de Chinautla que llegaban en días grandes, con sus respectivas capitanas en la época colonial.

Mucho recordó el anciano, las solemnes misas el 16 de julio de cada año, la procesión de la Virgen por lòs alrededores del cerro y el tañir de la campana recordando la hora de la oración, en esos años eternamente silenciosos y extremadamente inocentes.

— ¿Me podés contar algo del Sombrerón?

— Claro que sí, del Sombrerón, de la Llorona, el Cadejo y la Siguanaba, como que aquí fue la mera casa de estos entes del mal. Cuentan que el Sombrerón perseguía a las jovencitas de pelo largo, la Siguanaba se le aparecía a los hombres enamorados o

Copyrighted material

cantiniadores y el Cadejo, según los comentarios de las personas mayores, era el que cuidaba a los que empinaban el codo más de la cuenta, es decir a los bolitos. Pero hay algo que ahora precisamente estoy recordando del Sombrerón, allá por el año de 1916. Han de estar y estarán que por la Calle de las Túnchez vivía una patoja muy guapa, llamada María del Rosario. Esta muchacha tenía un novio que presumía ser de una familia de abolengo, no así ella, que era humilde, pero eso sí, muy honrada, buena, abnegada y muy bonita. Bueno, pues los padres del muchacho se opusieron a las relaciones sentimentales de la pareja y, es más, lo mandaron fuera de Guatemala. Por cierto que María del Rosario se puso muy triste y por las tardes venía a meditar al Cerrito del Carmen. Ya cuando eran más o menos las cinco de la tarde, regresaba a su casa muy triste y recordando al novio, que se llamaba Rodrigo. Una tarde, cuando estaba viendo al horizonte, quizás pensando en el tal Rodrigo, se le apareció un hombrecito como del tamaño de un niño de cinco años, con sus botas bien lustradas, chaleco y pantalón negro, camisa blanca impecable y un enorme sombrero. Ella lo vio y sonrió con el desconocido, le pareció graciosa la figura del supuesto niño y principiaron a conversar. Lo único que no le gustó al hombrecito fue el primer nombre de la patoja: María, ni mucho menos del Rosario, pero él le dijo que no mencionara su nombre y que iban a ser muy buenos amigos. En las tardes posteriores se siguieron viendo, la joven continuó llegando al cerrito, con el afán de ver al hombrecito que le atraía.

Te cuento que María del Rosario tenía un pelo hermoso que le llegaba hasta la cintura. Una tarde, el hombrecito le prometió que en futura ocasión le haría unas trenzas que adornarían más su belleza. Ella tomaba a broma todo lo que el pequeño ser le indicaba; más bien sentía que al platicar con aquel personaje olvidaba momentáneamente a Rodrigo. En otra ocasión, el hombrecito llevó su guitarra y le cantó bonitas canciones que ella escuchaba muy atenta. Así pasaron los días y una noche le dijo que llegaría a su casa cuando sus padres ya se hubieran dormido y le llevaría una serenata. María del Rosario aceptó encantada y le prometió esperarlo. Afortunadamente, el padre de la joven, don Rosendo, no se durmió y pudo escuchar aquella serenata, pero cuando salió al balcón se llevó el gran susto al ver que el Sombrerón le llevaba serenata a su hija. "Es el Sombrerón", dijo don Rosendo, "porque viene con sus dos mulitas y tengo que actuar de inmediato, de lo contrario el Sombrerón se gana a la patoja". Total que el hombrecito se fue y la muchacha se quedó profundamente dormida.

Copyrighted material

Desde ese instante los padres de María del Rosario vigilaron más a su hija y una tarde la siguieron hasta el cerrito del Carmen, lugar donde platicaba con el Sombrerón. Por supuesto que cuando le siguieron los pasos, ya habían hablado con el padre de la iglesia y con una ancianita que llevaría un chicote para espantar al mentado Sombrerón. Tanto los padres de María del Rosario como la ancianita y el padre de la iglesia, esperaron el momento propicio para pillar al hombrecito y chicotear el suelo en cruz, con el afán de espantar al Sombrerón y así dejara en paz a la muchacha. Así lo hicieron, y cuando el padre roció de agua bendita al hombrecito, éste salió corriendo rumbo al Potrero de Corona, hasta perderse en el bosque que allí había, dejando un fuerte olor a azufre en su escapada. María del Rosario se desmayó del susto y felizmente el Sombrerón no le hizo las trenzas que le había prometido, porque de lo contrario nadie se hubiera casado con ella. Porque dicen las viejas leyendas de Guatemala, que a la mujer que ha trenzado el Sombrerón jamás se casa.

La niña continuaba escuchando los relatos de su abuelo, ahora sentados bajo la sombra de un frondoso árbol, el viento refrescaba el ambiente y los gringos seguían tomando fotos de diferentes ángulos de la estructura colonial del templo. El abuelo, desde el lugar de los hechos, narraba pormenorizadamente a su nieta los cuentos de espantos y aparecidos. Los sucedidos en ese cerrito tan tradicional y chapín.

— ¿Y la Siguanaba a quién le salió?

— Eso le sucedió a don Melesio Martínez, viejo marranero del barrio de la Candelaria, allá por el año de 1925 y fue precisamente para un carnaval. Bueno, no te lo había contado pero antiguamente este era un sitio especial donde se jugaba el carnaval. Aquí se daba cita la sociedad guatemalteca, para quebrar los cascarones y lanzar confeti, eran otros tiempos, con gente más educada, más comedida y respetuosa. Bueno, pues el Melesio, aquel domingo de carnaval, se puso su mejor traje, compró su bolsa de cascarones y se encaminó solitario al Cerrito del Carmen. Aquí había quedado de reunirse con unos amigos, también del mismo oficio, pero estos no acudieron a la cita y se quedó solito, sentado allá donde está aquella enredadera. Como estaban en pleno carnaval, de pronto pasaron unas muchachas y le quebraron unos cascarones a Melesio, este respondió de la misma manera y finalmente terminaron haciéndose amigos. Entre el grupo había

Copyrighted material

una joven de nombre Ruperta del Cid, originaria de Palencia, blanca, alta y muy guapa. Total, que el Melesio fue todo atenciones para la mujer y finalmente acompañó al grupo de mujeres hasta donde vivían, que no estaba lejos de este lugar. Pero el muy pícaro se quedó platicando con Ruperta y quedaron de verse el otro domingo en el mismo sitio. Para no hacerte largo el asunto, te diré que con el paso de los días se hicieron novios y el sitio donde quedaban de verse era aquí, en el Cerrito del Carmen. Una tarde, Ruperta le indicó a Melesio que ese domingo llegaría un poco tarde, pero que siempre la esperara. Así lo hizo el marranero, pero pasaron las horas y la tal Ruperta no se asomaba ni por ilusión.

Total, que entró la noche y el cerrito se fue quedando silencio, pero Melesio esperaba a la mujer de sus sueños, sin apartarse del sitio indicado, del punto de la cita. Ya sólo los grillos se escuchaban, las luces de la ciudad principiaron a encenderse y de pronto, allá de por el Potrero de Corona, vio el marranero que una mujer avanzaba hacia donde él estaba. Menos mal, dijo Melesio, que no esperé por gusto. La mujer continuaba caminando en dirección a donde estaba el hombre de nuestro relato. Este se arregló una vez más el pelo y la corbata; era ella, pensó para sus adentros, no había duda. Pero cuando la mujer estaba más o menos a unos tres metros de distancia, vio que se tapaba la cara con un velo casi transparente. ¿Sos vos, Ruperta...? preguntó el marranero a la dama y ésta solo asintió con la cabeza, luego dio media vuelta y comenzó a caminar, y naturalmente que Melesio la siguió. La extraña mujer tomó camino rumbo al Potrero de Corona, donde ni las manos se miraban porque no había luz y solamente apenas el reflejo de la luna alumbraba el camino. Lo extraño del caso era que la mujer parecía que no tocaba el suelo y mientras más caminaba, Melesio corría atrás de ella, sin poder darle alcance. Ya muy cansado, Melesio le gritó indicándole que por favor no fuera tan aprisa. A todo esto ya habían llegado a un enorme zanjón de aguas negras que allí se formaba, justamente en la orilla de aquel precipicio. Melesio le suplicó a la mujer una vez más que no caminara tan rápido, pero como paró violentamente el viento le levantó el velo de la cara y el pobre marranero pudo ver que en lugar de rostro tenía una enorme cara de caballo. El grito de Melesio se perdió por los alrededores del Cerrito del Carmen y no fue hasta el otro día, cuando unos hombres lo encontraron en el fondo del barranco, todo arañado y herido por los golpes recibidos en la caída al zanjón. No había equivocación, decían las ancianitas del barrio, pero al mentado Melesio por poco y se lo gana la

Copyrighted material

Siguanaba. Yo tuve la oportunidad de conocer al marranero de nuestro relato y él me contó personalmente esta aventura con aquel ente del mal, llamado la Siguanaba.

La niña continuaba entusiasmada con los relatos del anciano, observando todos y cada uno de los sitios del Cerrito del Carmen. Aquellas narraciones cautivaban a la nieta, mientras el abuelo tomaba aliento para recordar otras anécdotas. A todo esto, ya algunos niños, al ver los ademanes del anciano, se fueron acercando para escuchar más de cerca los importantes relatos de los aparecidos y espantos del Cerrito del Carmen. Un patojo barrigón y con pantalón de tirantes, aprovechando un descanso en los relatos del anciano, le comentó que su abuela también le había contado muchas leyendas, pero le suplicó que narrara algo del Cadejo. El viejito se acomodó lo mejor que pudo, vio de soslayo a la nieta y le comentó, soto voce:

— Hoy como que tenemos más público, mija.

Luego de ver los rostros infantiles, prosiguió:

— Ahhh el famoso Cadejo, fue al difunto de don Delfino Galicia, a quien le salió precisamente allí, en la esquina del Callejón del Judío y la Juan Chapín, muy cerca de aquí. Don Delfino era buen imaginero, de los de antes, pero lamentablemente le gustaba la cucharada, ustedes me entienden, y por consiguiente cuando no estaba de goma andaba bolo, al extremo que dejó el chance y hasta abandonó a su familia por el vicio del guaro. "Ve mija", le decía a la mujer, "te prometo que ya no vuelvo a tomarme un trago porque ya me está dando miedo". Pero qué va, el pobre de don Delfino volvía a las andadas, hasta que finalmente se le miraba por las calles pidiendo para el traguito, todo sucio y harapiento. El lugar donde dormía la mona era precisamente aquí, en el Cerrito del Carmen, donde en el tronco de un árbol había construido una su casuchita de papel y cartones viejos. Aquí dormía y hasta hacía su café en las mañanas, con los chiribiscos que juntaba para hacer el fuego. Una tarde venía más allá que de acá, con varios tragos entre pecho y espalda, caminando cinco pasos para adelante y unos diez para atrás. Bajó por toda la cuarta calle y enfiló por el Callejón del Fino, rumbo a su casita de cartón, que como ya les dije estaba aquí en el Cerrito del Carmen. Pero como ya los efectos del licor hacían estragos en su humanidad, cayó de bruces justamente en esa esquina de la cuarta calle y

Copyrighted material

Callejón del Fino. Cuando despertó ya pasaban de las once de la noche y el silencio era absoluto. Trató de incorporarse, pero le era imposible como consecuencia de la borrachera; poco a poco se fue levantando y apoyándose en uno de los balcones, lo logró.

Tratando de orientarse, vio hacia el norte, a lo largo del callejón y observó que pocas cuadras le separaban de su pequeña guarida. Calculando dar el primer paso estaba cuando pudo apreciar que un perro negro había estado echado a su lado durante el tiempo que permaneció tirado. De inmediato el perro se incorporó, se sacudió y conforme don Delfino daba sus primeros y tambaleantes pasos, el animal le siguió. Por aquellos años de 1925, el alumbrado en las calles era escaso y en algunas calles y avenidas no existía. Comentaba don Delfino que el perro de nuestra narración con sus ojos alumbraba el camino, ya que estos parecían dos brasas. El perro era grande y extremadamente peludo, de color negro y, algo más, al caminar, las pezuñas al chocar con el suelo daban la impresión de sonar como cascos de caballo. Don Delfino siguió caminando, temeroso de caer otra vez, y el perro caminando a su lado, sin dejarlo un momento. Cuando emprendía el ascenso al Cerrito del Carmen, el perro aún le seguía. Finalmente llegó a su casuchita de papeles y cartón y allí se quedó tendido durmiendo por el resto de la noche. Una tarde, cuando no tenía para el trago, decidió vender al perro que tanto le seguía y sabiendo que había un señor que compraba perros para revenderlos a los finqueros, llegó con él y se lo ofreció. El comprador de perros le preguntó por el animal y don Delfino le decía que allí estaba junto a él, pero el futuro comprador no lo miraba, sólo don Delfino era el único que tenía el privilegio de verlo. "Lo muy menos usted está viendo visiones", le dijo el comprador, pero don Delfino insistía en que el perro allí estaba. Finalmente se retiró y el perro negro siguiéndole. Una tarde recogieron a don Delfino moribundo en una de las calles cercanas al Cerrito del Carmen y el perro efectivamente había desaparecido. Fue el propio don Delfino quien narraba el hecho, y con base en personas que le conocieron y le escuchaban hablar solo, llamando a un perro que sólo él miraba, cayeron en la cuenta que el perro que siempre anduvo con él en sus correrías y borracheras no era otro que el propio Cadejo.

El abuelo se levantó con mucho trabajo del sitio donde estaba sentado con la niña, los patojos tomaron cada quien por su lado, los gringos ya no estaban tomando fotos, al filo de la una de la tarde todo parecía más silencioso. Tomaron por una vereda para

Copyrighted material

EL MISTERIO DE LOS ATAUDES

Don Simón era el prototipo del clásico empleado de funeraria antigua, pues tenía una planta de drácula que no podía con ella. Alto, flaco, con una voz especial y grave, que al inflexionarla le daba cierto sabor a sus narraciones. Don Simón vivía en una casona donde se alquilaban piezas, y después de las labores diarias, antes de la comida, reunía a todos los patojos del palomar para contarles cuentos de espantos y aparecidos, como solo él sabía hacerlo, narrando los pasajes de miedo a las mil maravillas. Todos los patojos íbamos poniendo atención a cada frase que don Simón iba hilvanando.

—No estoy para contarlo —decía— ni ustedes para creerlo, pero para que veyan lo que son las cosas, no hay que creer ni dejar de creer. Allá en el taller han sucedido últimamente cosas meras raras, meras feyas, que hasta ya me está dando miedo. Pero no hay más remedio que seguir trabajando allí, porque yo nací entre cajas de muerto y en una caja de muerto me han de enterrar algún día. Bueno, resulta que desde hace como unos tres meses para esta parte, cuando más silencio está todo, cuando ya los carpinteros han terminado de barnizar algunos ataúdes y éstos son colocados en la bodega, más de alguna de las cajas comienza su tronidito tan especial y feyo que me pone en qué pensar. Lo pior del caso es que a la media hora entran algunos dolientes de algún recién fallecido a preguntar por el precio y medida de los ataúdes, y no me lo vayan a creer, pero se llevan la del tronidito, quién sabe porqué razones.

Aquellas leyendas o historias que nos contaba don Simón en el año de 1947 fueron quedando como para recordarlas siempre. Como recuerdo a don Simón, con su traje negro, su corbata con el nudo torcido, pantalón de ruedo ancho y valenciana doblada. Siempre que cruzaba las piernas lo hacia con tal facilidad debido a lo flaco de su cuerpo y piernas huesudas. Me imagino verlo fumando su cigarrillo vaquero, chupando la colilla con sus pómulos saltones y ojos desorbitados.

El bueno de don Simón falleció hace ya algunos años, y muchos de los patojos —ya hechos hombres que vivimos en aquel palomar— acudimos a su entierro. El tiempo siguió su marcha y en cierta ocasión, una tarde que tenía que hacer una llamada telefónica de urgencia, no hubo más que llegar a la vieja funeraria donde don Simón laboró por muchos años. Entré al establecimiento y al

Copyrighted material

que todos se hacen en el presidio, se conozcan o no.

—Por robo— dijo secamente el enano, y como increpando una responsabilidad a la sociedad que para él yo representaba, agregó:

—¿Acaso no leés los periódicos? Vos que escribís tenés que estar más enterado, me dedican una primera plana y titular completo, así con letras grandotas: "¡Cae el Enano y su Pandilla!"

Ante aquel recibimiento, la verdad que el Enano me bajó la guardia, ya casi me retiraba para evitar el diálogo molesto que yo al principio imaginé un saludo cordial, daba la vuelta cuando se acercó y poniéndome la mano en el hombro, prosiguió:

—Perdoná, para demostrarte que sigo siendo cuate y muy derecho, venite con nosotros, aquí hay trama. ¿Sabés?, tengo una güisa chévere que talonea en la quinta y todos los días me manda buen barco.

El grupo de maleantes que le hacían rueda al Enano lanzó una carcajada. Uno de ellos, de pelo liso y que trataba de asentárselo con una gorra de lana, ripostó:

—Jefe, no hay que ser, no le hable así, no ve que el chavo no entiende el caliche...

El Enano finalizó: —Este es más fregado que vos, nació en la zona 5 y se la sabe de todas.

La risa de los largos invadió el ambiente; los gritos del encargado las silenciaron, estaban llamando por lista para ir al juzgado.

El tiempo nos alejó nuevamente, el Enano se perdió de vista y yo salí de Guatemala por tiempo indefinido. Una mañana fría y muy lejana caminaba por la ancha avenida de San Juan de Letrán, hoy Eje Central Lázaro Cárdenas de la ciudad de México, cuando divisé un microbús con algunos turistas que compraban postales en la oficina de correos; entre aquel grupo iba el Enano y otros guatemaltecos. Ahora le noté cambiado, parecía un ejecutivo en viaje de vacaciones, ya no rodeado de la "mara" de siempre. Anteojos oscuros, camisa floreada de seda, pantalón ceñido al

Copyrighted material

EL HUESO DEL GATO NEGRO

Los carruajes pasaban lentos, como haciéndole burla a los pocos automóviles estacionados frente a la estación central de los ferrocarriles. 1926 se marcaba triste y melancólico en el barrio de la estación, donde llegaban de todas partes de la República y otros países centroamericanos a laborar, allí donde había fama de que pagaban los mejores sueldos de la época. Fue la etapa de las "vacas gordas" de la empresa, cuando florecían las bananeras de Tiquisate, Bananera y Puerto Barrios. La United Fruit Company era la todopoderosa desde que se había instalado en Guatemala, gozando de canonjías, desde que gobiernos poco nacionalistas habían entregado tierras y privilegios a los empresarios del poderoso imperio.

Por aquellos años la ciudad de Guatemala principiaba a presumir de señorita moderna y capitalina, despojándose del ropaje provinciano de finales del siglo pasado y principios del presente. La novedad del año eran los anuncios luminosos, que eran el asombro de los noctámbulos chapines. Una tarde del año en mención, en las bancas de madera de la sala de espera de la estación había un hombre moreno, originario de Honduras, sentado como esperando a alguien. Narraba aquel extraño sus aventuras en el mundo y el secreto ya perdido de algo que él guardaba con mucho celo: El hueso del gato negro. ¿Qué era aquel pequeño hueso? Posiblemente una especie de talismán o amuleto que el hombre tenía y que a cada persona que encontraba le hablaba de sus maravillas, de su portento, de sus cualidades. Su nombre: Carlos Gamboa, conocido únicamente por su apellido. Narraba Gamboa, hombre corpulento, educado y honrado a carta cabal, que por su mala cabeza había perdido la influencia de su talismán. Pero indicaba a la vez, que no pararía hasta encontrarlo y entonces todo sería distinto. "Yo antes tenía mucho pisto hasta para regalar, gracias al hueso del gato negro", se lamentaba y continuaba: "Allá en Honduras, en la costa norte, conseguí algo que mucho me ayudó a vivir, pero por tonto lo perdí y ahora ando como me ve..."

Aquel hombre manifestaba, según decía, al principio un escepticismo sin límites, pero desde que tuvo el hueso del gato negro pensaba todo lo contrario. Consiguió aquel pequeño hueso en los barrios pobres del puerto de La Ceiba, en Honduras, pero en realidad no sabía ni cómo había llegado a sus manos el huesito en mención. Comentaba que en una ocasión, antes del obtener el

Copyrighted material

ellos por lo menos?

—Bueno, pues de gustarme lo que se dice gustarme, pues no mucho, lo que pasa es que son buenos muchachos y grandes amigos míos y de aquí del barrio.

Por momentos Susana coqueteaba viéndose al espejo del enorme ropero; en el fondo le agradaba la apuesta y se sentía importante y mujer. Y en realidad Susana era bella. Desde que sus padres se habían separado vivía con el abuelo y juró no abandonarlo después del fallecimiento de la abuela. El anciano tomaba la apuesta de los muchachos como una aventura, más que un reto o competencia de valor. No le eran ajenos aquellos muchachos que había visto crecer, y más que eso, la honorabilidad a las familias que pertenecían. El anciano retomó la palabra recordando anécdotas de su juventud en una charla abierta y sincera con la nieta más querida.

—En mis tiempos lo hacíamos de otro modo, ya con canciones o bien con poemas que le mandábamos a las patojas, y el más chispudo era el que ganaba. También estaban los que eran arrechos para escribir cartas de amor; esos sí que se llevaban las palmas, porque les zompopeaban las traidas...

—Entonces quiere decir que fuiste bueno para escribir cartas de amor —ripostó la nieta, respondiendo el abuelo que en realidad él en su juventud había sido mero regular. Sentado cómodamente en un asiento de mimbre, el abuelo continuaba haciendo comentarios de tiempos viejos a su nieta, mientras ésta seguía espiando por la ventana y sonriendo.

La débil luz del foco de la esquina caía justo en el área donde charlaba Rafael con sus amigos, eran apenas las siete de la noche y la mayor parte de vecinos descansaba después de una dura jornada de trabajo. Las risas de los muchachos llegaban hasta el balcón diminuto de la casa de Susana, que se entretenía haciendo unos bordados.

—Muchá, pensé que lo de la apuesta en el cementerio era un secreto, pero parece que ya lo sabe todo el barrio.

Rafael era el que llevaba la batuta en la conversación y continuaba:

Copyrighted material

de la oscuridad de la noche una figura iba tomando forma y conforme se acercaba le iban distinguiendo mejor.

—Sólo eso nos faltaba, allí viene el guardián a ver si no hay problemas— vaticinó Carlos.

Aquel hombre se fue acercando y ahora ya estaba frente al grupo de muchachos. Con una sonrisa un tanto extravagante les dio las buenas noches, agregando:

—¿Se puede saber qué andan haciendo a estas horas por aquí...?

Los tres enmudecieron, no sabían qué responder ante uno de los guardianes del cementerio que ya lo tenían enfrente. El que tomó la iniciativa de responder fue Rafael:

—La verdad, señor, es que hicimos una apuesta para ver quién sentía más miedo a dormir una noche aquí en el cementerio, y eso fue todo. Como ve, allí tenemos nuestra pequeña carpa, pero por el miedo ni nos atrevimos a dormir adentro, eso es todo. Pero le hemos de ser sinceros, quisiéramos salir de aquí...

—Eso va a ser lo difícil, porque el policía que está en la puerta no lo creerá. Mejor esperen que amanezca, dejan que entre un poco de gente, digamos los albañiles que vienen a laborar temprano, y salen poco a poco. Creo que así nadie se dará cuenta que durmieron una noche en el interior del cementerio.

Al momento de finalizar la frase, el extraño hombre lanzó una carcajada que hizo eco en el barranco cercano. Aquella expresión corporal del supuesto guardián alteró aún más los nervios de los muchachos. Ya repuestos del susto y tomando un poco de confianza, fue Vicente el que interrogó al extraño personaje:

—¿Pero a usted no le da miedo andar solitario en el cementerio? Realmente es admirable su valor. ¿Cuántos años tiene de estar aquí?

Una vez más la risa del hombre resonó en el espacio como algo sobrenatural y respondió:

—¡Muchos años!, que ya se me olvidó cuántos...

Copyrighted material

y estos habían muerto. Regresó triste y jamás salió de la casa de don Ricardo. Recordaba que había llegado cuando tenía sólo ocho años y de ese tiempo para la fecha había contado 55 cumpleaños, igual número de semanasantas y nochebuenas Mujer honrada y respetuosa, jamás tocó lo que no le correspondía y recordó una tarde lluviosa, cuando don Ricardo estando enfermo le dijo que jamás entrara al cuartito cerrado del segundo piso. Ella se molestó mucho, porque bastaba ver el candado grueso colocado en la puerta para entender que allí no se podía entrar. Pero la curiosidad siempre aleteó en la mente de Petrona. Es más, en algunas ocasiones escuchó ruidos, pero culpó a los ratones o gatos de las vecindades.

Era tan buena Petrona, que únicamente vendió lo necesario para los gastos del entierro de don Ricardo, al que llegó poca gente durante el velorio y menos al entierro.

—No me lo van a creer, pero como en la funeraria sólo mandaron al chofer y un ayudante, pensando que sobrarían cargadores, cuando llegamos al cementerio tuve que pagarle a tres charamileros para que me ayudaran a cargar el cajón con don Ricardo adentro. El chofer y el ayudante se hicieron babosos, porque el funeral era barato, caja de pino color chocolate, con un poquito de forro y una almohadita para recostar la cabeza del dijunto. Lo que es la vida, por Dios Santo, y pensar que en la vida el hombre sirvió a mucha gente, les abrió las puertas de la casa y se hartaron y tomaron que fue gusto. Porque hay que decir la verdá: ya cuando se puso malo no teniya amigos. Las malas lenguas diciyan que el viejito guardaba buen pisto; diónde chingados si a veces yo le emprestaba para el cuto porque había veces que se poniya bien triste, tal vez por la mujer y se iba al piano a tocar unas piezas más tristes entodavía.

Petrona jamás tuvo novio, se entregó en cuerpo y alma a sus patrones. Una vez se enamoró y su pretendiente, el sargento primero Arcadio Lux Coyán, la dejó esperando en vano una tarde en el parque central. Nunca más le volvió a ver. Después supo que murió heroicamente en la acción de Gualán, combatiendo contra las fuerzas de Castillo Armas en 1954. Lloró tanto que cuando se ponía triste ya no brotaban las lágrimas de sus ojos negros, pues con aquel soldadito habían muerto sus esperanzas. Luego se fue poniendo vieja pero siempre coqueta, con sus trenzas atadas a moños multicolores, y se quitó el chachal que le había regalado su

Copyrighted material

decentemente.

De pronto Petrona se incorporó bañada en sudor.

—No hay babosadas por tomar cerveza, estoy oyendo y viendo cosas en sueños, son pesadillas y de bruta entodavía pasé comprando chicharrones donde doña Minga y siempre me han hecho mal. Güeno está, quién me lo manda hartarme cerveza sin estar acostumbrada. Pero el sueño tan claro y doña Juanita diciéndome que abriera el cuartito con candado. No, mejor voy a salir de dudas para ver si fue sueño o ellos estuvieron aquí.

Pretrona quitó candado, poco a poco fue abriendo la pequeña puerta y alumbrándose con un foco escudriñó el contorno del cuarto. En el fondo había un baúl, el baúl de don Ricardo, donde guardaba muchas partituras musicales. Sacó los papeles y comprobó que tenía doble fondo. Cuidadosamente, con un martillo, fue quitando los clavos y se encontró con una cubierta de terciopelo rojo que protegía el contenido del baúl.

Lentamente fue descubriendo lo que allí había y apilados en fajos encontró billetes de distintas denominaciones, unos nuevos y otros un tanto usados. En una esquina, otra bolsa de terciopelo negro con una cantidad regular de piedras preciosas y joyas de gran valor, así como macacos de oro y plata que doña Juanita había guardado. Petrona no salía de su asombro, se tocaba como dudando de que aquello no fuera un sueño más, producto de la cerveza. Menos mal que aprendió a contar y lo hacía muy bien, porque amaneció contando el dinero y colocando los billetes en una valija que encontró a la mano.

Una mañana de tantas fueron a buscar a Petrona, ya que no se había presentado a su trabajo por día en la casa de los alemanes. Por más que tocaron nadie les abrió, nunca más se supo de su paradero y la casa quedó abandonada por muchos años, hasta que el Estado la remató. Contaban las personas del sector, que en algunas ocasiones miraban pasar un lujoso automóvil con una dama muy elegante en su interior; algunos aseguraban que era la Petrona completamente cambiada, quizás haciendo recuerdos de su vieja querencia.

Copyrighted material

necesidad de tomar algo en la entrada a Coatepeque, aún bajo la lluvia, frenó en la primera caseta de refrescos que encontró.

—¿Qué le pasó, don Arturo? La cara que trae —fue el saludo del anciano que atendía el pequeño negocio.

El hombre narró lo sucedido pormenorizadamente, sin quitarle ni ponerle, y es más, dio el sitio exacto donde había visto al hombre agonizante.

—Más mejor tómese un buen trago y olvide el asunto, pero esa burla siempre sale en esta fecha, que fue cuando un bus mató al difunto Matías, que iba socado, haciendo ochos por la carretera. Hoy es la fecha del aniversario de su muerte trágica, cumple cinco años de muerto y no es al primero que espanta...!

El anciano, dándole una palmadita en el hombro a don Arturo, le dijo que no tuviera pena y que se fuera en paz.

En un punto como éste, cada cierto tiempo se aparecía el espectro de la carretera.

Copyrighted material

la casa de su amada. Antes de entrar y para darse valor, sacó de la alforja una botella de blanco y se tomó un buen trago. Aunque Clemencia no le creyera, le contaría lo sucedido con la vaca y el valor que tuvo para enfrentarla.

—¡Clemencia, Hoooo!— gritó a manera de saludo, con el afán de que la muchacha saliera a su encuentro como solía hacerlo. La mujer no daba señales de estar en la casa, le llamó varias veces y no hubo respuesta. Ya cansado y con parsimonia, ató al poste del patio a las mulitas y dejó a los bueyes para que descansaran. Ahora tocó en la puerta de la casa y nadie atendió el llamado. En ese momento la puerta se fue abriendo lentamente y entró despacio, encendió una vela y casi se va de esta vida al ver a Clemencia tirada a medio cuarto, completamente desnuda, agonizante y con numerosos golpes en el cuerpo. La cubrió con una sábana y levantándola en vilo la colocó con sumo cuidado en el camastrón más cercano. Le habló pero la mujer no respondía, únicamente sus palpitaciones eran notorias y el sudor que le corría por la espalda. Allí la dejó, salió en busca de ayuda y en el primer ranchito que encontró tocó la puerta.

—¡Ave María Purísima! —dijo a manera de saludo y la respuesta no se hizo esperar:

—¡Sin Pecado Concebida! ¿Qué deseya el señorón...?

Don Ismael explicó el motivo de su presencia a esas horas en la humilde vivienda. El anciano que le atendió, únicamente le vio de soslayo y con pena y humildad del campesino le dijo:

—Veya mi amigo, entre hombres no mueren hombres y por eso le daré un buen consejo: váyase cuanto antes de esa casa, porque no es la primera vez que le planean con machete a la Clemencia, la muy pícara tiene pacto con el enemigo y dicen que se güelve vaca y a veces cocha para hacer el mal. Quién sabe a quién quiso dañar y ella salió fregada.

Copyrighted material

pero él estaba feliz, sirviendo a Dios, en la tierra que tanto amaba. Un hombre obeso que dirigía a los mozos le reconoció de lejos y le invitó a recolectar las pocas naranjas que habían quedado en lo más alto de los raquíticos naranjos, en lo más profundo de la inmensa huerta.

La mayor parte del producto estaba cosechado y lo que sobraba era ofrecido a Pedro, que con humildad y agradecimiento aceptaba. En sendos canastos asomaban los apetecidos aguacates, nabos, coles y demás, aparte las naranjas jugosas que algunos mozos degustaban con el permiso del patrón.

—Bien, hermano Pedro, con mi esposa hemos dispuesto que recoja algo de lo que quedó en la huerta, no es mucho pero de algo le servirá.

Pedro, con sencillez manifiesta, agradeció el regalo para sus pobres y manifestó su deseo de traer su carretón para llevarśe lo ofrecido.

—No es para tanto, hermano Pedro, basta con el saco pequeño que trae para que se lleve unas cuantas naranjas —dijo sonriendo de la ocurrencia de Pedro, de pretender llevar un carretón para llevarse las sobras de la huerta—. Pero en fin, agregó el hombre gordo —traiga su carretón, está bien.

Ya de regreso con el armatoste, vio que las naranjas estaban muy altas para alcanzarlas, pero así, ante el asombro de los mozos, Pedro trepó al naranjo para alcanzar si al caso unas cinco o diez naranjas que los mozos habían dejado. Pero sucedió algo especial, insólito, que principiaron a ver los empleados de la granja: cuando Pedro cortaba naranja tras naranja, éstas por cientos iban cayendo en el viejo carretón. Don Santiago, que era el patrón de los mozos, junto a su esposa admiraba asombrado el espectáculo.

—¡Pero mujer, no es posible lo que ven mis ojos...!

La mujer, con codicia no disimulaba, miraba cómo el carretón de Pedro se iba llenando de hermosas naranjas. Metiendo el codo en el costillar del esposo, le dijo soto voce:

—¡Es increíble lo que está sucediendo! Pero creo que es

Copyrighted material

el momento y entonces si yo gano la apuesta, como ya le indiqué, no me dé nada a mí, mejor entréguelo a los pobres enfermos y dios lo premiará.

Una vez más el peninsular sonrió siniestramente, mientras que en la oscuridad de la noche un enjambre de luciérnagas iluminaban la silueta del santo. De pronto, el hermano Pedro tambaleó y fueron los brazos fuertes del español los que lo sostuvieron.

—¿Pero qué sucede, estás enfermo hombre de Dios? Es mejor que ya no sigas tu camino y te ayude a llegar al convento. Te ves muy demacrado y enfermo, menos mal que no estamos tan lejos.

A pesar de la luz de la luna, las luciérnagas continuaban iluminando el camino a don Juan y al hermano Pedro, que ya no podía dar paso. Finalmente llegaron al convento, sólo una luz débil de un viejo farol alumbraba el portón de madera.

—Bueno, ya llegamos y es mejor que toquemos para que puedas entrar— dijo el español.

—Es mejor que me quede a esperar que abran, puede marcharse sin pena, don Juan, y muchas gracias, que Dios le acompañe. Mañana por la tarde vaya a ver los tulipanes y verá qué sorpresa; hágalo pero por la tarde, buenas noches...

Don Juan cumplió con el trato, y en las horas de la tarde cabalgando llegó hasta el terreno, para ver cómo iba el proceso de los tulipanes en su crecimiento. Ya casi llegaba cuando de los templos lejanos escuchó el tañir de las campanas que doblaban tristemente. Espoleó al caballo y ahora el sonar de las campanas era más notorio, conforme iba llegando al terreno. La sonrisa del hombre se marcó victoriosa: allí estaban los tulipanes, acariciados por el viento y mostrando toda su belleza, en un área considerable

—Qué bueno que el hermano Pedro cumplió con su palabra, porque los tulipanes han crecido de la noche a la mañana, no cabe duda que fue un buen milagro, un buen milagro.

De pronto, el escándalo de una muchedumbre rompió el silencio de la tarde desviando las cavilaciones de don Juan.

Copyrighted material

—Mi deseyo será el de tu tata, quiero que me salga viaje; dije viaje y no viejo, porque con el que tengo basta y sobra, pero eso sí, viaje en avión, porque ya estoy cansada de andar en ruletero. Pero como djcen que al marido le sale en el vaso de agua lo mismo que a la mujer, pues no hay pena; igual lo disfrutaremos.

Cuando entró al cuarto Mauricio, fue Almita la que le preguntó sobre la realidad de aquel proceso:

—¡Ay, Mauricio, ya me hago casada con el Ernesto y viajado a los Estates Quietos en avión! Eso sólo para darles chile a las envidiosas de la Limoneshon. ¿Pero será cierto todo eso, vos Mauricio?

El muchacho fue al grano para responder:

—Te diré que el norte se lo pasó doña Cristy a mi mamá, porque asigún dice hizo lo del huevo y ya ves, ha viajado mucho y ganado mucho pisto.

En la humilde vivienda todo era emoción y proyectos, pero en el vecindario, según la Chepa, todo era envidia y burlas para con ella y su familia.

—¿Ya vieron cómo están de chucanotas la hija y la nana...?— comentó un anciano en uno de los estrechos callejones del asentamiento marginal, agregando: —¡Aguantan que se va a sacar la lotería o no sé qué cosas van a hacer para salir de pobres! Yo creo que aquí en nuestro medio sólo recibiendo una herencia sale uno de penas, o cuando menos haciendo como que chambea de diputado...

Los comentarios corrían por toda la comunidad, siendo el punto o foco de atención don Cleofas, su esposa e hijos.

—Con decirles que ya la Almita ni habla, como que se le subieron los humos y por no ver que son más pelados que nosotros.

El que hacía el comentario era Macarrón, un malviviente despechado que no logró en su tiempo el amor de Almita. Una mujerona blanca y gorda también puso su comentario en torno a la Chepa:

Copyrighted material

LA TONA

El puente de la Gloria se retrataba en las cristalinas aguas del río. Las inmundas manos de la contaminación aún no tocaban aquellos parajes y el verde jade de las montañas cercanas daban al paisaje un marco único de belleza natural. Eran otros tiempos, los tiempos anchos que vivieron los abuelos, cuando la ingenuidad se hacía presente en las distintas capas sociales de un conglomerado tranquilo y manso. En la residencia —antes se decía casona— de don Martínez, así le llamaban los mozos a su servicio, laboraba como doméstica Antonia, linda patoja campesina oriunda de una aldea cercana y que la madre había entregado "por tinta y papel" a la esposa de don Martínez.

El pequeño terrateniente, hombre sesentón de grandes bigotes amarillentos, contaba los días para que finalizara 1906, un año no tan tranquilo, ya que la guerra con El Salvador había hecho tambalear la situación económica de aquella Guatemala. Don Martínez no era realmente como lo pintaban, tenía su lado bueno y de "cuando en vez", como decía la gente, se tomaba los tragos con los campesinos de su pequeño feudo. Antonia ya estaba "en edad de merecer", palabras textuales de la comunidad campesina, que con apenas 16 años hacía suspirar a los rudos hombres del campo. Aparentaba más edad, de cintura breve, sus brazos gruesos y labios carnosos en forma de corazón, provocaban tempestades sentimentales en más de un joven campesino. Su sonrisa y coquetería disimulada hacía pensar que cuando iba rumbo al río, con su caminar cadencioso, quizás deseaba un beso.

Comentaban las comadres de la finquita que el secreto de la lozanía de Antonia era frotarse el rocío mañanero del pasto verde y de vez en cuando untarse un tantito de achiote en las mejillas. Los piropos se los sabía de memoria y aunque apenas sabía leer y escribir los anotaba a hurtadillas en un viejo cuaderno. Por las noches, a la luz de una candela, los leía una vez más y sonreía de las ocurrencias de los hombres. En aquellas noches amatitlanecas, la Tona tejía fantasías y esperaba príncipes azules o de cualquier color con tal de conocer algo más de la vida.

El aire provinciano jugaba con la negra cabellera de la patoja, cabellera que le daba a la cintura; rizos que le iban cayendo sobre la frente y que al sonreír la hacían más irresistible ante los hombres, que según el decir popular de la región, "la vigiaban"

Copyrighted material

legítimamente constituido del coronel Jacobo Arbenz Guzmán.

Finalmente, el gobierno del coronel Arbenz cae y se sucede una serie de juntas de gobierno hasta dejar en el poder, por medio de un plebiscito, al jefe del movimiento rebelde, coronel Carlos Castillo Armas. Desde esa fecha, hasta el inicio de la década de los ochenta, el palacio nacional sufriría un ingrato ataque terrorista que destruye algunos de los bellos vitrales que dejara don Julio Urruela, los que felizmente han principiado a ser reparados, para perpetuar esas obras de arte que ostenta nuestro palacio nacional.

SI HABLARA EL BALCON PRESIDENCIAL, CUANTO DIRIA

Desde el balcón presidencial se aprecia una panorámica de la Plaza Mayor, sitio de grandes reuniones, desfiles suntuosos y de proclamas políticas de quienes han llegado al pedestal presidencial y después han caído, o simplemente han sido olvidados por el pueblo. Lugar de emociones y lágrimas, alegrías y tristezas, donde el panorama se ve distinto desde arriba. Quinces de septiembre de grata recordación para quienes saborearon la "guayaba", dicho en buen chapín; brindis en el salón de banquetes o aceptación de cartas autógrafas en actos diplomáticos en el otro salón cercano. El Palacio Nacional de la ciudad de Guatemala, en su cuarenta y ocho aniversario, no sólo ofrece para las nuevas generaciones un edificio digno de conocerse, de analizar sus bellezas internas, su arte en hierro forjado, sino también un anecdotario histórico profundo que no cabe en tan pocas cuartillas. Desde los grandes personajes que han visitado tan magno edificio, como la visita que le hiciera al general Ubico la primara dama de los Estados Unidos, Sra. Eleonor Roosevelt, pasando por la visita de los reyes de España, en la época del general Laugerud, hasta la visita de Su Santidad Juan Pablo II, primer Papa en al historia que llega a nuestro país.

Y en anécdotas muchas, muchas como la del Ministro "Capirucho", uno de los jóvenes funcionarios de la época arevalista, chiquilín consentido del hombre de Taxisco. Anecdotario de espantos y aparecidos, como el caso sucedido el 14 de junio de 1946, cuando un hecho pasa a formar parte de la historia insólita del palacio nacional y que aún es comentado.

Copyrighted material

Héctor Gaitán

Es domingo, frío, nublado y con posibles lluvias aisladas, como diría el ingeniero con Claudio Urrutia. A una orden de Beto nos sacan de la cama y pluma en ristre aprovechando la ocasión, después de los saludos de rigor y el "¿qué tal siguió de la úlcera?, disparamos la primera pregunta:

- ¿Beto, qué me puede contar de su estadía en el Castillo de San José, cuando fue corneta de órdenes, en tiempos de Ubico?

- Sí, es cierto y es más, estuve en el Castillo de San José para el 20 de octubre del 44, cuando la revolución.

La charla había empezado y Beto encendía un cigarrillo, como queriendo buscar en el humo las siluetas ya perdidas de los treinta años pasados, piensa y de nuevo habla:

-Lo muy menos quiere que le cuente algo de aquel proceso, han pasado tantos años, uno se va poniendo viejo, ya tengo cincuenta años, imagínese.

-¿Por qué se enroló en el ejército?

- Me enrolaron, que no es lo mismo. Resulta que yo cuando era patojo, era mero fregado y en aquel tiempo los padres de familia no se andaban por las ramas para meterlo a uno al cuartel.

La lluvia mañanera arrecia y Beto hace una pausa como para recordar aquellos momentos ya históricos que le toco vivir, en una de las fases más hermosas de las luchas populares que reivindicaron los derechos del pueblo de Guatemala. Otro chupón al cigarrillo y continúa con su relato:

- Corría el año de 1939, yo con otro patojo que le había robado al padre no sé cuantos quetzales, dispusimos huirnos de la casa rumbo a Escuintla; lamentablemente la aventura no tardó mucho. El pisto se terminó y hubo que regresar a la capital. Ese mismo día me encontraba jugando en lo que fue el Parque Navidad y allí me capturó mi madre y nos fuimos a la casa. En ese entonces vivíamos en la 3a. avenida y 20 calle de la hoy zona 1. Al otro día, con engaño me dijo que le acompañara y enfilamos rumbo a la oficina del famoso general Reyes. Creo que todo estaba preparado

Copyrighted material

muchachos. Algunos artilleros aún disparaban con las piezas 105 y las 42, causando algunas bajas entre los revolucionarios. Aquello fue trágico, había muertos por todos lados, cerca de la caballeriza, por el tanque de natación, en el segundo piso, en el pabellón de oficiales, en el primer patio, y muchos destrozos en el segundo patio y en el corredor de oficiales y en el de obreros.

- Yo logré salir un momento que cesó el fuego y amparado con los muchachos que sacaban a la Virgen de Santa Bárbara. Todo estaba perdido, los indígenas de los grupos de los cupos que traían de los pueblos a la fuerza, corrían desesperadamente rumbo al Palacio Nacional, bajo los disparos que llegaban de diferentes direcciones a lo largo de la quinta avenida. Cuando pasé por la calzada, es decir en la entrada del castillo, saltando entre los muertos, identifiqué al negro Marcial; allí estaba tendido boca arriba, acribillado a tiros. Cuando llegué a mi casa mi madre me esperaba con mucha pena. Anteriormente habían llegado otros compañeros heridos de bala que me esperaban. Comentamos los destrozos del cuartel, lo sucedido en el segundo piso y el pabellón de oficiales de infantería, los daños en el primer patio, donde se encontraba la primera batería "Krupp". Mientras, la balacera continuaba en las calles y las ambulancias corrían de un lado a otro recogiendo los heridos.

-Ya para ese momento los revolucionarios habían tomado la Radio Nacional TGW y una sección del Castillo de San José continuaba incendiándose. Ponce ya no daba señales de vida en el gobierno, uno de los muchachos me preguntó por "Fanny", la perra mascota que siempre sacabámos en los desfiles. Por la casa pasaba la gente que prácticamente había saqueado las casas de altos funcionarios, llevando toda clase de prendas; incluso la casa del general Ubico no se salvó del vandalismo. Las mulas y caballos del castillo, así como cerdos y gallinas deambulaban sin control por las "Cinco Calles" y a lo largo de la Avenida Bolívar. Los camiones, repletos de revolucionarios, recorrían las calles levantando sus fusiles en son de victoria. Arbenz, Toriello y Arana, en aquel momento entraban al Palacio Nacional. Eran las cinco de la tarde del veinte de octubre de 1944.

Beto enciende otro cigarrillo y nuevamente se queda con la vista fija en la pared, como queriendo revivir todos los acontecimientos de hace treinta años lejanos. Ya no interrumpí el silencio como al principio de la charla, comprendí la emoción de

Copyrighted material

ISBN 84-89452-20-2

Héctor Gaitán A.

Después de veinte años sale a la luz esta obra del escritor guatemalteco Héctor Gaitán A., ahora corregida y aumentada, corresponde al tercer tomo, segunda edición de la colección literaria "La Calle Donde Tú Vives". El bien ganado prestigio del autor, ha hecho que el público lector así lo haya solicitado, dado el valor de la narrativa estractada de la tradición oral guatemalteca.

En este libro se alterna el cuento guatemalteco, con el anecdotario histórico de una Guatemala, que cada vez vemos más lejana, con las fotos antiguas que ilustran esta obra. Personajes, hechos y gráficas van formando todo este proceso, que con el estilo de Héctor Gaitán A., nos hace retroceder en el tiempo y conocer todos aquellos aspectos que únicamente nos han contado nuestros mayores.

Vuelven una vez más los personajes conocidos por los chapines como la Llorona, el Cadejo y el Sombrerón, que en ocasiones antañonas y según el criterio de los abuelos, campearon en aquellas desoladas calles capitalinas de principios de siglo, donde los escenarios como el legendario barrio de la Parroquia, el Cerrito del Carmen y otros puntos de la ciudad fueron mudos testigos de estas narraciones.

HISTORIAS Y LEYENDAS

Copyrighted material